

Yport y Sebtre 1899<sup>n 3</sup>



Señor Don Miguel de Unamuno

Mi muy estimado amigo: Como verá Usted por la fecha de esta carta la interesantísima suya del 4, me ha encontrado aún en medio del bullicio de las olas del mar que golpean los acantilados de la Mancha y el fatigoso apretado de los bañistas. Todo concurre a desperdigar la atención y a debilitarla en un medio tan opuesto a la reflexión y al juicio. Entre gritos de gentes que zambullen, risas de muchachuelas superficiales y sonar de la charla insubstancial de los hoteles, no me ha sido dado hasta ahora reunir en un conjunto armónico, las notas que tomé y las impresiones - hondas las más de ellas - que sentí, leyendo con el ansia de la fiebre un nutrido y hermoso relato de <sup>#</sup>Paz en la Guerra: <sup>#</sup> novela de alta mar, donde el pen-

samiento filosófico siempre, siempre bien,  
mueve sus magnas ondas que llevan al lec-  
tor hasta la orilla donde el bueno de Es-  
pinosa halló reposo y encontró fondo para  
la nave de su consciencia batida por las  
ideas.

J no es que su panteísmo de Usted, si es  
que se puede calificar de panteísmo tan  
noble aceptación del mundo moral como  
emanación del immanente poder del Ser  
Supremo - no es que el panteísmo de Usted  
esté en el descarnado edificio de un siste-  
ma, que Usted ni desdena ni busca, es que  
por virtud de su alma esencialmente vibra-  
te y cargadamente práctica, las páginas  
de su novela emanan una bonhomía,  
que encanta y entona los relajados mis-  
culos del espíritu.

Con delate he vuelto muchas veces sobre  
páginas y páginas, y aunque traicione  
mi natural linio y sensible, debo decla-  
rar á Usted que más que el justo colorido  
de los caracteres, me ha encantado esa  
manera peculiar, tan suya de Usted,  
de decir cosas bondas a propósito de



2  
NO-34  
asuntos al parecer superficiales. La  
evolución política de Pedro Antonio, lleva  
dormir <sup>(a ella)</sup> por el amor filial que por el interés  
y el ambiente que le nutría los pulmones  
del exterior, es hermosísima, y muestra  
ya desde las primeras páginas de Paz  
en la guerra, la calidad de buceador del  
alma humana que distingue al autor  
de enunciación tan hermosa de un ca-  
rácter como es ésta: Sus ojos habían recorrido  
en calma aquel recinto durante años, deján-  
do en cada uno de sus rinconcillos el impercep-  
tible rimbó de un pensamiento de paz y de <sup>trá-</sup>  
bajo; en cada uno de ellos dormía el eco vagi-  
simo de momentos de vida olvidados de pero  
ser iguales todos, y todos silenciosos. Y porque  
le hacían querer más el íntimo recogimien-  
to de su tienda, amaba los días grises y de <sup>luc-</sup>  
via lenta. La pobre Josefa Ignacia es el pro-  
totipo de nuestras buenas madres españó-  
las, como las hemos visto en años de ellas  
descendemos, resignadas, buenas, abrega-  
das, y hondas en la fuente viva del senti-  
miento. Ignacio, á pesar del contacto de la  
calle que desembocaba en el mercado y era pro-  
piamente en casa, emana de aquella fuente  
y deja ver en los cabilleos de su alma, aquel

mismo fondo desprovisto de limo por-  
zoso, lleno en cambio de limpias en-  
talizaciones de una vida de ingenui-  
dad apasionada. ¡Qué dulce escena  
de hogar aquella que motiva la en-  
fermedad de Ignacio, restos del ejército  
asendereado y maltrecho; de Ignacio  
que en el hogar de sus padres, en la al-  
dea por su mal abandonada, rehacia  
convaleciente, o en las horas de la fie-  
bre, aquella su mansa infancia de  
poseos y travisuras! Y despues el ho-  
ror de la última hora, hucia y bru-  
tal; y aquel tremendo: "Para sacar  
nizas a Ignacio", de Juan José!

Ésto rápidamente y escribiendo  
al vuelo entre el bullicio del atur-  
deido Hotel, pero así que me hallé en  
calma he de decir enán adentro se me  
han metido en el alma el tipo de Pedro An-  
tonio, que, acaso sin que Tolstó lo hallé  
así, me resulta el más fundamental  
y compunetrativo de la novela. ¡Qué ra-  
pida y que hermosa aquella escena de  
la aldea á donde llega Ignacio, enviado por  
su padre á ser representante del mismo



5  
n 3 (23)  
en la boda de un sobrino; y en que, la ma-  
dre de éste le estampó - previo el gracioso  
cambio de calzados - dos sendos besos  
de ruido en las mejillas, á él, ya todo  
un hombre! Tengo lleno de notas y re-  
ferencias las márgenes de su libro y en  
cada página me hallo con delicadísima  
unos párrafos como este que no son frase  
sino el sonido mismo de los sentimientos  
que se suceden en el alma pensativa.  
Momento había, sin embargo, en que  
legaba (á Ignacio) la honda tristeza  
de la aldea, la melancolía que brota  
como sutil efluvio de aquel silencio, en  
ya voz parecía el rumor constante del  
regato; de aquella garrá monótona  
de los verdes, desde el destenido amari-  
lamiento de los trigos, hasta el negruzco  
sucio de las arboledas lejanas.

\* Oyó Ignacio el 22 de enero del 74 el cam-  
paneo por la toma de Portugalte, y á media-  
dos de Febrero, cuando solo se hablaba  
del sitio de Bilbao y de su provincia  
bombardeo, incorporóse al bata-  
llón. Al ponerse, su padre, la mano  
sobre el hombro, de despedida, sintió  
en la garganta un nudo, quiso de

cielo algo, tragó saliva, y murmuró con voz ahogada: - Allí nos veremos. #. Llévele el y simbólico arranque de la disolución del nexo del poema, presentado así, como de paso, por el habilísimo artista, que ha de llevarnos, al través de las montañas envueltas en la neblina de grandeza brutal y de brutal amodo, rramiento de sensibilidad que rodean al ejercicio!

El perfecto tipo de tío Miguel, que aparece, se hace querer del lector y se disuelve en la breña del no ser tan rápidamente, llevándose a la tumba aquel casto amor apenas enunciado, es otro de los brillantes del joyel en que Usted ha encajado, tanto y tan interesantes caracteres de provincia; ¡y aquel tremendo Baruch que de ordinario no podía asegurarse que pensaba... pero que vivía perdido en el espectáculo de las cosas presentes! #

Con que extremosa a verdad se expongan en la imaginación de evocación de su fase se aquellos "pobres quintos nacionales que caían como la nieve dorada que en sus blancos ras bajo la segur... aquellos entre los cuales había alguno que, temedor allá en su tierra, se sentía desasosegado al correr blandien



la bayoneta con el fusil en ris<sup>ta</sup>,  
ingiere<sup>la</sup> ante<sup>la</sup> coezion de unabolavlo  
a guisa de hacha! El ataque de Monte  
ta es, para mi una de las escenas más  
conscientemente vivida de las del guerra  
de untrida ivuela. Allí se hace Igna  
cio querer más muelho, como dicen unestoy  
ganchos, querer más fondo, como dñia Ueta,  
el sinteliza el resignado y herido soldado  
capañol, inmutable y el mismo desde Diaz  
de Vivar hasta Montojo. el soldado que com  
bate, como Ustedes lo hacen aún y como uno  
tos aprendidos de Ustedes mismos a ha  
cerlo, sin preocuparse del éxito, bajo el  
fragor del combate, mientras las olas del tiempo  
se rompen en la eternidad. Eliv, el jefe  
carlista es el jefe de unestas montoneras  
que hicieron a Ustedes mismos sudar el  
hoyo allá en los quebrados campos de Aya =  
cuelho y que Ustedes aplaudieron más tarde,  
como catadores que son de los valientes, con  
los magnificos versos de Quintana.

Que admirable escena aquella en que Pedro  
Antonio, <sup>77</sup> llegado a casa vió a su mujer, se mir  
aron a las miradas, exponer en el fondo de  
las almas, se venon solos en un vejez, a lo trin

ta y cinco años de matrimonios, unidos  
por una sombra invisible y una común  
esperanza, por un hijo espiritual vivo; echó  
se á llorar el padre, exclamando: pobre  
Ignacio! y la madre prorumpiendo en  
luz. glorias á Dios! lloró con su marido!  
Este renacimiento á la consciencia del  
genitor que ha perdido la proge, renaci-  
miento traido por una impresión extraña  
á la vida diaria del enfermo, es muy  
hermoso. Pero, si me dejara llevar de  
un entusiasmo, y no tuviera en cuenta  
lo larga y pesada que ha de parecer  
esta carta, seguiría. quien sabe hasta  
dónde! dejaré de llevar en alas del  
recuerdo y rehaciendo la impresión dulce  
de tan nutritiva lectura; para terminar  
diziéndole, cuánta luz ha llevado Usted  
á su patria, sintetizando en el grave  
Pedro Antonio el carácter de su tierra  
herida por el destino, y á la que, como  
á Pacheco, parece que se le hubiese fundido  
en la montaña la eterna tristeza de las bon-  
duras del alma con la temporal alegría de  
vivir, botándole de esta fusión seriedad fecun-  
da. Don Tomás ha trazado Usted con Ignacio el ca-  
rácter del soldado español, con Pedro Antonio  
ha cristalizado Usted el alma herida y resigna-  
da de la España abatida de nuestros días. Su epí-  
grafe de la Guerra Civil es uno de los libros más hermosos  
que hayan salido últimamente de las prensas españolas.  
de amigos conf. Frome de la y Calvo.